**VI. 3.** **Los que Dios desprecia, porque ponen más confianza en su dinero.** (Reflexiones actuales a la luz de citas de M. Romero tomadas del libro “El Evangelio de Monseñor *Romero*)

*“Y a los ricos les quiero decir también que no basta una pobreza espiritual, una especie de deseo, pero sin eficacia, a ellos les digo: mientras no encarnen esos deseos de pobreza evangélica en realizaciones que se interesen como en su propia causa por los pobres, como si se tratara de Cristo, seguirán siendo llamados los ricos:* *los que Dios desprecia, porque* *ponen más confianza en su dinero.” (1 de julio de 1979)*

Lo que Monseñor Romero dice aquí a “los ricos”, creemos, vale para todos y todas. De nada nos sirve decir que somos creyentes, sentirnos cristianos/as, vivir piadosamente, pensar que vivimos espiritualmente, si no hay “eficacia”. Es decir si esa corriente espiritual no se concretiza en la vida diaria, en las relaciones familiares y comunitarias, o en la preocupación por nuestro pueblo, de nada sirve. Monseñor Romero nos dice en esta cita que esa “eficacia” se mide hasta dónde asumimos como nuestra “propia causa”, la causa, la vida, el sufrimiento, la desesperación, la esperanza de las y los pobres. En nuestras comunidades eclesiales de base hemos aprendido de Santiago y Raquelita (+ 11 de junio de 2020) que “siempre hay familias más pobres que las nuestras”.

En el fondo Monseñor vuelve a preguntarnos: ¿En qué o quién ponemos más confianza? Esta no es una pregunta teórica. Es tan fácil hablar de Dios, como acostumbramos a decir “primero Dios” tal cosa. O saludarnos con “Dios le bendiga. Bendiciones”. Estas frases tienen la apariencia de ser alguna “profesión de fe”. Monseñor nos pregunta por la “eficacia” de esa profesión de fe. Si creemos en la presencia liberadora de Dios, debemos asumir el servicio de la liberación y arriesgarnos a la transformación de la vida. Si profesamos nuestra confianza en Dios, que Dios hará bien las cosas (“Primero Dios), y si nos quedamos viendo cuando otros/as juegan el partido, cuando otros/as se enlodan en el barro de la historia, entonces nuestra profesión es vacía, nuestra oración es hueca. Entonces seremos de “*los que Dios desprecia*”.

En realidad, una de las dinámicas que más daño ha hecho y hace a la Iglesia (a las iglesias), es ese fariseísmo, es profesar creer y confiar en Dios Padre y Madre, es decir que somos “cristianos” (los del camino de Jesús, el Cristo), es alegrarse y gozar del Espíritu Santo, sin esa “*eficacia”* en la construcción del Reino de Dios. No son solamente aquellas personas y familias que “*ponen más confianza en su dinero”,*  o que viven ansiosos por alcanzar nuevos niveles y posiciones de poder (en la sociedad o en la Iglesia), sino se trata de preguntarnos todos y todas: ¿Qué es la cosecha de nuestra fe en el Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo)? ¿Dónde y cómo estamos dando testimonio y aportando en la construcción de “un mundo diferente” llamado en los Evangelios “El Reino de Dios”?

La fe es gracia divina que pierde toda su fuerza si no es “aceptada”, concretada, hecha realidad en la vida y la historia. De ahí la importancia de preguntarnos: independientemente de nuestros sentimientos religiosos o participación, ¿en qué confiamos de verdad en el día a día? ¿De qué manera esa confianza nos guía, nos orienta nuestro quehacer?

Dios, todomisericordioso no nos despreciará si reconocemos que hemos confiado en otras cosas (el dinero, el poder, un partido político, una iglesia, una ideología,…) y no en El (Dios de la vida, Dios de las y los pobres, Dios de las Bienaventuranzas, Dios del Reino que inicia en esta historia, Dios que nos llama a ser instrumentos y servidores/as en sus manos así como lo ha vivido Jesús, Monseñor Romero y tantos otros testigos. No tengamos miedo para revisar en qué confiamos de verdad. Nos puede liberar de cadenas y abrir la puerta para poder confiar en el Dios de Jesús.

Tere y Luis Van de Velde Mov. Ecum. de CEBs en Mejicanos El Salvador (escrito 29 – 9 – 2020)